

de su poesía futura, se encuentra ya en estos textos de 1950, y publicados sólo uno y dos años después que *Redoble de conciencia* y *Angel fieramente humano*, respectivamente. Ya en *Que trata de España*, 1964, será explícita e inequívoca declaración: «Pero yo no he venido a ver el cielo, / te advierto. Lo esencial / es la existencia; la conciencia / de estar / en esta clase o en la otra. / Es un deber elemental», final del poema «Cartilla (Poética)»; y en el mismo libro: «Sabed que la belleza, eso que llaman cielo, mínima flor, Mar Amarillo, / ya lo he visto. No tengo tiempo. Antes / hay que poner los hombres en su sitio» (el subrayado es mío), comienzo del poema «Belleza que yo he visto, ¡no te borres ya nunca!» Los dos poemas se integrarán en la *Poética* enviada para la *Poesía social (1939-1964), Antología*, de Leopoldo de Luis (Ediciones Alfaguara, Madrid, 1965; manteniéndose en la «segunda edición, revisada y aumentada» de 1969).

Abocado al deber de «poner los hombres en su sitio», el poeta se enfrenta en primer lugar con el sitio más próximo y entrañable, su tierra, su país, su patria, la «retrocedida España» de «Sobre esta piedra edificaré», poema cuarto de *Pido la paz...* Y la misma palabra *España* va a aparecer, en el título o el interior, de varios poemas de este libro: «Hija de Yago», «Espejo de España», «Posición», «Proal», «Venecer juntos», «En nombre de muchos», «En el nombre de España, paz», «Lo traigo andando», siempre unida a la tristeza, al sufrimiento, a la oscuridad y el ahogo, el peligro para el hombre; pero también enraizada, clavada en lo más hondo de su ser, como fija en metáfora certera: «España, espina de mi alma. Uña y carne de mi alma», del poema «Proal». La visión dolorosa y sombría de España se apoya y se expresa en algunos casos a través de préstamos ilustres: «Madre y maestra mía, triste, espaciosa España», primer alejandrino del serventesio final de «Hija de Yago», cambia sólo el orden de los calificativos del endecasílabo de Fray Luis de León «a toda la espaciosa y triste España», verso veinticinco de la oda «Profecía del Tajo», cuyo verso sesenta y uno, el heptasílabo «acude, corre, vuela», se inserta, igualmente con variación en el orden de los elementos, en uno de los últimos poemas de *Pido la paz...*, el que comienza —no tiene título— *En el nombre de España, paz*: «... España, / España, no te / aduermas. / Está en peligro, corre, / acude. Vuela / el ala de la noche / junto al ala del día / ...», con cambio también en la sintaxis. En otro poema sin título, cuyo primer verso es *Ni una palabra*, se incrusta literalmente otro verso de Fray Luis, el veintiuno de la oda «Vida retirada», «¡Oh, campo! ¡Oh, montel ¡Oh, río!», sólo que dividiéndolo en dos versos y dando nombre al no nombrado río por Fray Luis (aunque se trata del Tormes): «Oh campo, / oh monte, oh río / Darro: borradme / vivo.»

La que va a ser dualidad característica, más aún, sustentadora y configuradora de su temática española, de esta nueva poesía civil, nacida y determinada por la situación político-social de la España de posguerra, se presenta ya, rotunda y claramente, en *Pido la paz y la palabra*: la esperanza en el resurgir de todo lo abolido, de la luz frente a las sombras, la alegría y la vida desterrando tristeza y muerte, la palabra derribando los muros del silencio. Y siempre la paz y el aire, la paz y la libertad. Desde el primero hasta el último poema del libro, «A la inmensa mayoría» y «En la inmensa mayoría», que marcan, además, la evolución del poeta, su instalación entre los hombres, se va trazando la línea de esperanza en medio del presente sombrío: desde la petición de paz («Yo doy todos mis versos por un hombre / en paz», del primero) hasta la profesión de fe («Podrá faltarme el aire, / el agua, / el pan, / sé que me faltarán. / ... la fe, jamás. / Cuanto menos aire, más. / Cuanto más sediento, más. / Ni más ni menos. Más», en el último). La otra gran afirmación, la primera para el escritor, el poeta, la de la palabra, aparece ya en el segundo poema del libro, el titulado «En el principio», acuñada en un heptasílabo repetido al final de los tres fragmentos, que no estrofas, del texto: «me queda la palabra». Poema éste bien expresivo de esa dualidad señalada: el testimonio negativo, desolado, cae aplastado ante la realidad implacable del presente «me queda», lo que no le han podido quitar, destruir; lo que, a pesar de todo, no ha perdido, lo que le ha hecho poeta: la palabra, sobre la que una y otra vez vuelve en su poesía. «Mi voz» la llamará en el poema inicial de *En castellano*, unida a la alegría y la paz, proclamándolas, alzándolas, con la fuerza y el clamor de la verdad («mi voz apedreando las puertas de la muerte / con cantos que son duras verdades como puños»), rompiendo los diques, los cercos del tiempo malo («Aquí tenéis mi voz zarpando hacia el futuro»); palabra, voz, que tienen una expresión única, un nombre, una identificación: «escrita en castellano» y que a España se dirige, copartícipes ambos en el dolor: «España, no te olvides que hemos sufrido juntos», final de este poema fechado en 1951.

La petición reiterada de paz —«para el hombre», «para el aire»— en «Hija de Yago»; de la paz y la palabra en el poema que empieza y termina con la misma necesidad y urgencia, «Pido la paz y la palabra», no callando nunca, diciendo «lo que me dejan»; paz repetida, gritada, para sacudir y despertar a su patria, para evitar que se duerma, para avisarle que «el hombre está en peligro», en el ya citado «En el nombre de España, paz». Y la hermosura de su tierra, a pesar de su tristeza: «porque soy hijo de una patria triste / y hermosa como un sueño de piedra y sol; ...», en el poema «Juntos»; y la realidad, la

verdad de su canto, a pesar o a causa del dolor, de los «ríos con llanto. Lágrimas caudales. / Esté es el sitio donde sufro. Y canto». Petición, también, de alegría, repetida una y otra vez, como la paz, «para el hombre hambreado y sepultado / en sed ...», «para el mundo inundado / de sangre, ...», y, finalmente, «Para ti, patria, árbol arrastrado / sobre los ríos, ardua España mía, / en nombre de la luz que ha alboreado: / alegría». Invocación a la naturaleza, a los «árboles abolidos», a los «árboles de una patria árida y triste», a los machadianos «olmos sonoros, altos / álamos, lentas encinas, / olivo / en paz», para un nuevo brillar al sol; a las «cimas azules de mi patria», al aire, al mar perdidos, para que alcen la voz, resuenen libres, entre todos «a pie desnudo en el arroyo claro, / frente serena de la libertad»: revitalización por parte de Otero del apóstrofe y de la prosopopeya, ésta última especialmente importante por la fusión, identificación del hombre y la tierra en su poesía, por la animación de un paisaje —el español—, de algunas de sus principales realidades naturales, que dejan de ser algo estático y pasivo para integrarse y participar en la lucha del hombre, en la palabra viva y vivificante del poeta. De afirmación y de fidelidad: «Fidelidad» es el título del poema penúltimo de *Pido la paz...*, y en él anuncia la proclamación de fe del último, el ya citado «En la inmensa mayoría», estructurado en tres fragmentos, cada uno iniciado anafóricamente con el presente «creo», constituye «Fidelidad» una triple afirmación de fe: en el hombre, en la paz, en la patria, frente a las «españolas a caballo / del dolor y del hambre», «aunque hoy hay sólo sombra, / he visto / y he creído».

Como en algunos textos transcritos se muestra claramente, España está presente en prácticamente todo el libro; cuando la palabra no lo está, aparece en su lugar con mucha frecuencia «patria», y también, aunque mucho menos, «tierra» («Pues que en esta tierra / no tengo aire, / enristré con rabia / pluma que cante», cancioncilla completa, sin título, coplilla o variante de seguidilla, y el poema más breve de todo el libro). «Patria y tierra» aparecerán ya en los mismos títulos de dos poemas de *En castellano*: «Patria aprendida» y «En esta tierra» [el primero, aunando en su plano expresivo ambos términos: «¡Oh patria / sin presente. / ... Oh tierra / hermosa, merecedora dé / ancho camino»; el segundo, identificando la tierra —España— con el propio cuerpo del poeta: «A mí / lo que me duele / es el pecho. / (El pecho / tiene forma / de España)», y uno y otra necesitando aire, mucho aire, es decir, libertad]. En *Que trata de España*, tres de sus poemas empiezan con la palabra *patria*, y dos de ellos son los primeros de los capítulos segundo y cuarto, respectivamente, «La palabra» y «Geografía e historia»: «Patria / perdida. ...», «Patria, con quién